
MADUREZ INDUSTRIAL - GUERRA Y CONDICION FEMENINA*

María Vidaurreta Campillo

La Segunda Guerra Mundial representa la culminación del proceso de totalitarización de la guerra¹ y, la utilización al máximo del capital humano masculino (Alemania llegó a movilizar desde los quince hasta los sesenta y cinco años en 1944-1945), provocó una utilización paralela del femenino. Inglaterra fue el único caso de una movilización femenina «organizada» en una democracia occidental.

I. INGLATERRA

Cuando la guerra estalla en septiembre de 1939, la primera consecuencia para las trabajadoras inglesas fue una súbita y fuerte agravación del paro. La mayoría de ellas estaban empleadas en las industrias de consumo (textil, sombrerería, vestido, hostelería), en el sector servicios y en el pequeño comercio, que la guerra deja gravemente tocado. Además, mientras hubo hombres sin trabajo no se llamó a las mujeres a las fábricas de armamentos. Se comienza por olvidarlas. En diciembre de 1939, 270.000 mujeres estaban en paro de-

¹ Vid. J. P. PRATS, *Guerra y desarme*, Barcelona, 1973.

* Véase la primera parte de este estudio, *La guerra y la condición femenina*, en el número 1/1978 de esta misma Revista, págs. 65-104.

clarado. Pero, muy rápidamente, sobre todo después de la derrota de Francia, las autoridades se dieron cuenta de la naturaleza de esta guerra total que tenían que organizar, guerra que tragaba material como ninguna hasta entonces. Un plan de producción de guerra fue elaborado y, en marzo de 1941, la decisión de hacer trabajar a las mujeres fue tomada por el Gobierno. El Ministerio de Trabajo y del Servicio Nacional fue encargado de un verdadero reclutamiento que se asemeja de muchas maneras al reclutamiento de los hombres por el ejército. Se hizo por clases de edad, empezando por las más jóvenes. A los empresarios privados se les prohibió emplear a las mujeres de veinte a treinta años que habían caído bajo el control de los *Work Orders*. Sólo fueron eximidas las cultivadoras que reemplazaban a sus maridos movilizados, las enfermeras, las comadronas y las maestras. En mayo de 1942 la movilización se extiende a las mujeres de dieciocho y diecinueve años.

En 1944, 7.650.000 mujeres se encontraron así contratadas en la industria y en los servicios auxiliares, o en la defensa civil. Novecientas mil trabajaron a tiempo parcial bajo el control de los mismos servicios. Un millón realizaron un trabajo no remunerado bajo los auspicios del *Women's Voluntary Service*. A estas cifras hay que añadir las cultivadoras, enfermeras, maestras, etcétera, y las empleadas domésticas de todo tipo. Las mujeres que quedaron fuera de esta vasta campaña de reclutamiento fueron las estudiantes y aquellas que tenían cargas familiares. Se podía estimar en 2.000.000 el número de mujeres que anteriormente no trabajaban y que ahora se encontraban directamente ligadas a la actividad de este país en guerra. Casi todas se encontraban bajo el control de los *Essential Work Orders* y no podían dejar su trabajo sin el permiso de un oficial del servicio nacional.

Más adelante, cuando la penuria de mano de obra se deja sentir de nuevo, los empresarios fueron empujados a reclutar a las madres de familia a tiempo parcial. Para poder emplear a estas mujeres se descentraliza al máximo la producción. Depósitos de utillaje y talleres fueron organizados en un abrir y cerrar de ojos en los suburbios residenciales donde se las podía reclutar. En julio de 1942, la movilización para el trabajo «full time» había alcanzado las capas de edad de hasta cuarenta y seis años. Hacía falta, pues, encontrar el medio de utilizar las pocas horas de que podían aún disponer todas aquellas que habían sido eximidas por razones de familia. El trabajo a tiempo parcial aumenta rápidamente: en junio de 1942, 250.000 mujeres trabajaban así algunas horas por día en los transportes, la electricidad, la radio, la confección, las conservas alimenticias, etc. Su cifra pasa a 650.000 en 1943 y a 900.000 en 1944².

La demanda de mano de obra llega finalmente a un punto álgido y muchas empresas organizan también formas nuevas de trabajo a domicilio para

² Ministry of Labour and National Service and Ministry of Production, *Making the Best of Part-Time-Practical Suggestions in the Light of Experience*, in *Production and Engineering Bulletin*, vol. II, núm. 11, oct. 1943.

las mujeres. Los pueblos de la dulce campiña inglesa conocieron entonces esas salas públicas que servían de almacenes al utillaje y al material que las mujeres venían a buscar. A continuación, y en su propio domicilio, las mujeres hacían el montaje, ensamblaje, los pequeños trabajos posibles en esas circunstancias. Cuando estuvo organizado, este tipo de trabajo apareció como fructuoso, y, al mismo tiempo, esta diseminación, desde otro punto de vista, constituía una ventaja en un país sometido a un constante bombardeo que buscaba desorganizar su economía³.

En 1942 la demanda de mano de obra femenina era tal que se llega a restringir la entrada de las jóvenes en las Universidades. Sólo fueron autorizadas a proseguir sus estudios aquellas que preparaban una carrera de utilidad nacional, como por ejemplo las futuras profesoras, o aquellas otras que obtenían su diploma final en el año que cumplían sus veinte años. Las prórogas o derogaciones no fueron otorgadas más que en casos excepcionales y sólo si la joven podía justificar excelentes notas.

Una edad límite fue fijada para estudios que tradicionalmente no comportaban dicha condición, así los estudios de medicina, de dentista, veterinaria, farmacia... Pero el número de estudiantes no descende, sino que, por el contrario, éstas intensifican su ritmo de estudio: así muchas Universidades funcionaron sin interrupción todo el año, permitiendo, gracias a la instauración de un cuarto trimestre en lugar de las vacaciones, que las estudiantes amenazadas por el límite de edad terminaran en el plazo previsto.

Habiendo estado en la palestra, durante bastante tiempo, el tema de las sufragistas británicas, se tenía la impresión de que Inglaterra era el país por excelencia del feminismo triunfante. Sin embargo, estaba muy lejos de serlo. Así, las escuelas cerradas a las jóvenes eran aún numerosas en el momento de la Segunda Guerra Mundial. Bajo el imperio de la necesidad, se tomaron ciertas medidas que fueron vistas como victorias por las mujeres inglesas. Por ejemplo, la *Faraday Electrical Engineering College* se decide a abrir sus puertas a las jóvenes. Así también, numerosas escuelas de medicina y hospitales, que habían permanecido cerrados, cedieron una tras otra. El ministro de la Salud Pública hace, a este respecto, recomendaciones bastante claras:

- todas las escuelas de medicina deben ser abiertas a las jóvenes;
- un porcentaje mínimo «razonable» de 1/5 de estudiantes (femeninas) debe ser admitido;
- las trabas al ejercicio hospitalario de las mujeres médicos deben ser levantadas;

³ "Producing Centre Drills in a Village Workshop", en *Production and Engineering Bulletin*, julio 1943.

— las subvenciones no serán otorgadas más que a escuelas de medicina que acepten una proporción razonable de jovencitas (1/5)⁴.

En Gran Bretaña, las mujeres fueron pues movilizadas a partir de los diecinueve hasta los veinticuatro años; siempre en este país, al final de la guerra había medio millón de mujeres alistadas en servicios auxiliares del ejército, otro millón había ido a la defensa pasiva («Women's Voluntary Service»); llegaron a ocupar casi el 50 por 100 de los puestos de la Administración estatal e invadieron literalmente el comercio con un 62 por 100, al tiempo que dos millones pasaban a la industria de guerra propiamente dicha, en la fabricación de municiones, de navíos, de carros, de productos químicos y explosivos. Las mujeres del *Women's Land Army*, en número de 87.000 en 1973, ejecutaron toda clase de trabajos agrícolas⁵; también sirvieron en el frente. Así, las *Auxiliary Territorial Service* (A. T. S.), las *Women's Reserve Naval Service* (W. R. N. S.) y las *Women's Auxiliary Air Force* (W. A. A. F.). Como indica G. Wright, «ningún otro beligerante —salvo quizá la URSS— impuso un peso tal a su población femenina»⁶.

El hecho es que la proporción de mujeres en posesión de un empleo en Gran Bretaña alcanzó su punto culminante durante la Segunda Guerra Mundial. De un total de 17.250.000 mujeres de edades comprendidas entre los catorce y sesenta y cuatro años, cerca de 7.300.000 trabajaron en empleos remunerados o fueron reclutadas para servir en unidades militares auxiliares. Ante el asombro de la gente, muchas madres de niños de corta edad se convirtieron en parte integrante del esfuerzo de guerra. Novecientas mil mujeres sujetas a obligaciones domésticas trabajaron durante parte de una jornada, y un millón de mujeres, no incluidas en el total antes mencionado, se comprometieron para trabajos de guerra voluntarios y no remunerados.

La movilización en Gran Bretaña fue probablemente más compleja y ex-

⁴ Vid. E. SULLEROT, *Histoire et Sociologie du travail féminin*, París, 1968, págs. 186 y sigs.

⁵ La *Women's Land Army* o Cuerpo Femenino para el trabajo en el campo dependía del Ministerio de Agricultura. Ya en el transcurso del verano de 1939 más de 400 mujeres han aprendido a conducir tractores y varios centenares de muchachas se han preparado pasando sus vacaciones en fincas. El cuerpo femenino para el trabajo en el campo ha alistado ya entonces a 9.000 mujeres y se están examinando las solicitudes de otras 5.000. En septiembre de 1939 se ha hecho ya un llamamiento a los servicios de esta organización para hacer la cosecha en algunos condados. También reviste interés la *Women's Engineering Society* o Sociedad de Mujeres Ingeniero, que se esfuerza en preparar mujeres para empleos en la fabricación de municiones. Esta asociación, que ha rendido servicios singulares en 1914-1918, ha organizado ya en 1939, en colaboración con un instituto técnico de Londres, cursos especiales que comportan la teoría y el aprendizaje del empleo de las máquinas y útiles. Dicha formación permite, tras un corto período de trabajo en fábricas, ocupar puestos de vigilantes o de monitoras en las fábricas de municipios.

⁶ Vid. Gordon WRIGHT, *L'Europe en guerre*, París, 1971, pág. 50.

tensa que en ningún otro país beligerante con la posible excepción, como ya hemos señalado anteriormente, de la Rusia soviética. En el tremendo esfuerzo realizado para ganar la guerra, cada uno de los nervios del país fue forzado hasta extremos increíbles, y la discriminación de sexos, en materia de empleo, desapareció casi por completo. El 91 por 100 de las mujeres solteras de edades comprendidas entre los dieciocho y los cuarenta años se hallaba integrado en los servicios auxiliares del Ejército o formaba parte de la mano de obra civil. Tomando en cuenta las que estaban inválidas o incapacitadas y aquellas con especiales responsabilidades familiares, esto significaba que el empleo de mujeres solteras que gozasen de buena salud era total.

Para poner en marcha este tremendo esfuerzo, el Gobierno hizo todo lo posible por proporcionar amenidades, reorganizar los servicios sociales y vencer los prejuicios tradicionales. El registro obligatorio de mujeres entre los dieciocho y los cincuenta años y el deber de trabajar al menos parte de la jornada fue únicamente una de las facetas de aquel estado de cosas. Otra, mucha más positiva, fue el esfuerzo constructivo llevado a cabo para crear condiciones que hicieren practicable, a escala nacional, la movilización de mujeres casadas. Las fábricas de armas y municiones fueron trasladadas allí donde hubiera una reserva de mano de obra; se montaron guarderías infantiles y se organizaron servicios de comedores; se fomentó la realización de trabajos de parte de una jornada; las disposiciones que impedían que las mujeres casadas pudiesen realizar trabajos no industriales u ocupar algún cargo público en la Policía, en el *London Country Council*, en el *Metropolitan Water Board*, la BBC y otros, o dedicarse a la enseñanza (Ley sobre la Educación, de 1944), quedaron derogadas.

Esta reorganización de las condiciones de trabajo para ajustarlas a las necesidades de las trabajadoras alcanzó tales proporciones que bien podríamos calificarla de revolución social si su efecto hubiera sido algo más que un ajuste temporal ante una emergencia. Muchos fueron los que se hicieron la pregunta: ¿Nos será posible retroceder sobre nuestros pasos, o acaso nos hallamos frente a un nuevo curso de nuestra organización social?, ¿traerá consigo el cese de las hostilidades una regresión al viejo orden de cosas, o sobrevivirán a la emergencia las medidas adoptadas en el momento en que la nación se halla en peligro? Las opiniones se dividían entre la esperanza de un regreso a las condiciones de antes de la guerra y la preferencia por los ideales sociales inherentes a la evolución en la dirección opuesta.

La decisión correspondía tomarla a las propias mujeres. De cuando en cuando se realizaban sondeos tratando de averiguar las intenciones de las trabajadoras en tiempos de paz. La proporción de aquellas que deseaban permanecer en sus puestos, particularmente entre las mujeres de más edad, era sorprendentemente alta. Un análisis de la investigación llevada a cabo por la *Amalgamated Engineering Union*, en 228 fábricas, en la primavera de 1945, demostraba que cerca de los 2/3 de las 2.000 mujeres entrevistadas expre-

saban el deseo de seguir trabajando. Distribuidas por grupos de edad, el 86 por 100 de las mujeres que estaban entre los cuarenta y uno y los cincuenta querían seguir en la industria, así como el 89 por 100 de aquellas que pasaban de los cincuenta, comparados con el 66 por 100 de las que tenían entre veintiséis y treinta y cinco, el 57 por 100 de las que estaban entre los veintiuno y los veinticinco y el 63 por 100 de las que tenían entre los dieciocho y los veinte años⁷.

Pese a tan enorme esfuerzo, no se logró entonces la equiparación legal de salarios, aunque sí la apertura de prácticamente todas las profesiones a las mujeres casadas y no ya sólo a las solteras.

Pero ¿qué va a pasar, en definitiva, con esa especie de ejército de mujeres en el trabajo al final de la Segunda Guerra Mundial?

Una «desmovilización» progresiva se puso en marcha. A partir de mayo de 1945 las mujeres de más de sesenta años fueron autorizadas a abandonar su trabajo. Se para el reclutamiento de mujeres de más de cuarenta años. Más tarde, las mujeres de cincuenta años o de menos de veintiuno fueron autorizadas también a dejar su empleo, así como las que aludieron a sus pesadas cargas familiares, en tanto en cuanto su empresario estuviera de acuerdo en prescindir de sus servicios. En diciembre de 1945 la mayoría de las mujeres fueron relevadas del control de la *Registration for Employment Orders*, con excepción de las enfermeras y de las comadronas que continuaron movi-

⁷ Alva MYRDAL y Viola KLEIN, *La mujer en la sociedad contemporánea*, Barcelona, 1969, págs. 79 y sigs. He aquí, extraído del *Resumen estadístico de la guerra* (Departamento Central de Estadística, Londres, 1951): *la distribución de la mano de obra en la Gran Bretaña durante la guerra*. (Hombres de catorce a sesenta y cuatro años y mujeres de catorce a cincuenta y nueve años. En las cifras se incluye a los patronos, a los trabajadores independientes y a los empleados, pero se excluye a las auxiliares de hogar internas. Las mujeres que realizan su trabajo en jornada parcial se incluyen también, pero cada dos de ellas se cuentan como una unidad. Las cifras vienen expresadas en miles.)

<i>Población activa</i>	1939	1940	1941	1942	1943	1944	1945
TOTAL	19.750	20.676	21.332	22.056	22.285	22.008	21.649
Hombres	14.656	15.104	15.222	15.141	15.032	14.901	14.881
Mujeres	5.094	5.572	5.110	6.915	7.253	7.107	6.768
<i>Ocupaciones de tipo civil:</i>							
Hombres	13.163	12.452	11.844	11.296	10.675	10.347	10.133
Mujeres	4.837	5.306	5.907	6.582	6.769	6.620	6.283
<i>Fuerzas armadas y servicios auxiliares:</i>							
Hombres	480	2.218	3.278	3.784	4.300	4.500	4.653
Mujeres	—	55	105	307	461	467	437
<i>Sin empleo registrados:</i>							
Hombres	1.013	434	100	61	44	40	68
Mujeres	257	211	98	26	16	14	35

lizadas. Las restricciones de edad para los estudios universitarios fueron levantadas.

Sin embargo, la oferta continúa siendo grande en el mercado de empleo, ya que el comercio exterior estaba enteramente por restaurar, el país por reconstruir y la reconversión de la economía de guerra en economía de paz se hacía necesaria y urgente. A pesar de la desmovilización, seguía existiendo una penuria de mano de obra. El ministro de Trabajo modera, pues, en diciembre de 1943, el movimiento de «vuelta al hogar». Hablando de las mujeres, dice en la Cámara de los Comunes: «They have done a splendid job during the war and we need their help just as much now» (Ellas han llevado a cabo un trabajo magnífico durante la guerra, y nosotros tenemos ahora igual necesidad de ellas).

A pesar de todo, la mano de obra femenina decrece rápidamente, sobre todo en las industrias metalúrgicas y químicas, y en la agricultura. Los hombres vuelven buscando para ellos el trabajo, esperando de sus mujeres que se ocupasen de ellos y del hogar. Muy rápidamente, el número de paradas declaradas volvió a subir.

Sin embargo, la experiencia había sido positiva y las mujeres se habían mostrado a la altura de la confianza que el país había puesto en ellas. Ellas ganaron la guerra, tanto como los soldados. Habían obedecido con una disciplina totalmente militar a esta primera movilización femenina conocida en una democracia occidental, sin distinción de clases sociales. Bien es cierto que se habló mucho menos de sus oscuras tareas que de las proezas de los pilotos de la Royal Air Force, pero, sin embargo, el trabajo de las mujeres dejó de ser considerado como un factor marginal y un poco molesto. Había pasado a un primer plano y constituido uno de los factores esenciales del esfuerzo de una nación en guerra.

Este beneficio moral no impide que el problema del empleo femenino resurja, después de la guerra, en toda su crudeza. Las conquistas eran pequeñas. Las mujeres habían sido formadas y cualificadas, pero, generalmente, en aquellas ramas de la industria que, una vez terminada la guerra, cerraron sus puertas. Algunas consiguieron trabajar en otra industria en su nuevo nivel de cualificación. Pero la querrela de «trabajos de hombre» y «trabajos de mujer» no se había resuelto: los contratos y los arreglos conseguidos durante la guerra entre empresarios y sindicatos, a propósito de empleo de las mujeres en puestos llamados masculinos, fueron considerados como caducos una vez terminada la guerra.

Y el problema de los salarios volvió a surgir. Durante la guerra, la demanda de la industria había sido tal que se había ofrecido a las mujeres salarios equivalentes a los de los hombres, en el mismo puesto, y asegurando el mismo rendimiento; los salarios, extremadamente bajos de las mujeres en otros sectores: enfermeras, domésticas, etc., habían subido un poco también. Pero con el retorno masivo de los hombres desmovilizados, las muje-

res se encontraron en una posición crítica, y, para no perder su empleo, debieron ceder sobre sus salarios.

Por otra parte, el acceso a muchas carreras estaba, antes de la guerra, prohibido a las mujeres casadas. Durante la guerra se hicieron algunas excepciones, por ejemplo, en lo concerniente a profesores y funcionarios. Pero, en la mayoría de las profesiones, el perjuicio renació después de la guerra, se continuaron viendo en Gran Bretaña Universidades que no aceptaban estudiantes casadas y la Función Pública o la Diplomacia continuaron siendo esferas masculinas inviolables, así como la Bolsa. A pesar de todo ello, el número de mujeres casadas ejerciendo un empleo no deja de crecer a partir de 1945, y las ventajas que en todos los órdenes se habían obtenido para las mujeres siguieron, a partir de ese momento, un curso progresivo, haciendo que la preguerra no fuera más que un recuerdo⁸.

II. USA

En USA se logró, de una vez para siempre, la equiparación de salarios,

⁸ E. SULLEROT, *H. S. T. F.*, págs. 190 y sigs. Alva Myrdal y Viola Klein se extienden también sobre el reflujo de la mano de obra femenina en Gran Bretaña después de 1945:

"A la terminación de la guerra, la mayoría de las casadas regresaron a sus hogares, aunque esto no se debió únicamente a que los organismos oficiales redujeran primero y abandonaran definitivamente poco después el reclutamiento de personal; esto habría dejado todavía en sus puestos a aquellas mujeres que querían permanecer en ellos. Pero cuando cesaron las hostilidades y los hombres volvieron de la guerra, se hizo patente, a modo de reacción general, el sentimiento de que eran los muchachos los que habían de ocupar aquellos puestos de trabajo y que las mujeres habían de cederles el sitio. Las firmas interesadas se mostraron menos dispuestas que durante la guerra a organizar turnos para trabajadores eventuales. Muchas de las guarderías infantiles del tiempo de la guerra cerraron sus puertas. En pocas palabras, podía observarse una marcada tendencia a 'regresar a la normalidad'.

"Hacia 1947, el número de mujeres casadas que disfrutaban de un empleo remunerado había quedado reducido al 18 por 100 de todas las mujeres casadas que vivían con sus maridos. La proporción de mujeres solteras se había establecido en un 92 por 100 y permanecía inalterable, aunque su número absoluto se había reducido también debido, en parte, a haberse alargado de los catorce a los quince años la edad en que las chicas abandonaban sus estudios; en parte, como consecuencia del incremento en el número de matrimonios que se venían celebrando desde la terminación de la guerra y en parte debido a un descenso general en el número de mujeres que se hallaban en edad de trabajar. Este declinar, en cifras absolutas, había de continuar todavía durante cierto tiempo. Por aquel entonces se calculaba que en quince años (de 1944 a 1959) el descenso en el número de mujeres de edades comprendidas entre los quince y los cuarenta y cinco años sería de hasta 1.150.000, con la correspondiente reducción de la mano de obra total, a menos que se requiriesen los servicios de gente de mayor edad, o de mujeres casadas, en mayor proporción que antes. El período de relajación de la postguerra fue, sin embargo, de corta duración. La escasez de mano de obra, la campaña de exportación patrocinada por el Gobierno, la guerra de Corea y la necesidad de renovar el armamento, todo contribuyó a traer de vuelta a la industria a un número cada vez mayor de mujeres, en esta ocasión sin tener que recurrir al reclutamiento." (En *La mujer y la sociedad contemporánea*, págs. 81 y 82.)

a cambio de que, aparte de los puestos ocupados por las mujeres en los tres sectores económicos, 200.000 sirvieron en el Ejército. Y fue posiblemente en este país donde la guerra iba a provocar el cambio más profundo y deseable.

Dejando aparte el mito de la supermujer americana, médico, piloto de avión, *manager*, *vamp*, etc., la América de antes de la Segunda Guerra Mundial era ante todo un país de mujeres en el hogar, de aspecto ciertamente más desenvuelto y más libre que las europeas, pero en un grado mucho más elevado que aquéllas, las mujeres americanas eran mantenidas aparte del mundo de las actividades, del poder, de los negocios y de la ciencia. La tasa de mujeres activas era mucho más baja que en Europa, y no era precisamente fácil para una mujer el encontrar trabajo. El bienestar era la tónica general, pero el paro constituía una enfermedad endémica y, como es bien sabido, un país donde el paro masculino sobrepasa una cierta cota, no es nunca un país donde la mujer encuentre fácilmente trabajo y, desde luego, éste no estará nunca bien pagado.

Cuando los EE. UU. entraron en guerra en 1942, más de cinco millones de hombres se encontraban sin trabajo. Un año más tarde, ya no quedaban más que 600.000, cifra mínima para un país de esa talla. Es solamente cuando fue reabsorbido ese paro masculino cuando se piensa en la posibilidad de acrecentar el empleo femenino para hacer frente a las necesidades de una economía de guerra. Sin que, proporcionalmente, las soluciones aportadas a ese problema puedan compararse a las adoptadas por Alemania, URSS o Gran Bretaña, el país conoce una especie de movilización de sus fuerzas que saca a las mujeres del aislamiento y de la protección de sus hogares. La Comisión de la Mano de Obra de Guerra pide cuatro millones de personas suplementarias para las fuerzas armadas y la industria de guerra; hasta entonces, en caso de esfuerzo extraordinario, la economía americana había podido siempre disponer de la reserva permanente de parados.

A partir de 1943, por primera vez la situación se presenta de otra manera. Todo cambiaba, los obreros pasaban a ser soldados, o pasaban de una industria de paz a una industria de guerra, el país entero estaba sometido a una profunda mutación a fin de acometer el enorme esfuerzo requerido por la guerra. Estos trasvases no podían enmascarar la penuria de mano de obra durante largo tiempo. Se vio entonces, sin reclutamiento obligatorio de ningún tipo, el aumento considerable del número de mujeres que se incorporaban al trabajo. En marzo de 1941 son 10.880.000; en agosto de 1944, 18.030.000. Más de 16 millones se encontraban inscritas en trabajos no agrícolas y dos millones en la agricultura. El paro declarado, que alcanzaba a 1.770.000 mujeres en 1940 descendió a 400.000 en 1944. En diciembre de ese mismo año, las mujeres americanas representaban el 34 por 100 de los trabajadores. Esta proporción, comparable a la de los países de Europa en tiempos de paz, no era demasiado considerable para un país

en guerra. Pero lo que sí constituía era una novedad en América, que iba a inaugurar una era diferente en la historia del trabajo de las mujeres en ese país. En efecto, el impulso dado por la guerra al empleo femenino no decae inmediatamente después como era de esperar. La mujer americana se puso a trabajar, le agradó y deseó poder seguir haciéndolo; la economía, estimulada por todo tipo de factores, emprende un *boom* que debía permitir un nivel de empleo jamás conocido antes de la guerra.

A pesar de todo, durante la guerra no fue particularmente fácil reemplazar a los hombres por mujeres en las fábricas y en las oficinas. No porque ellas no lo desearan, sino por la coriácea resistencia de los empresarios y de los sindicatos al empleo de las mujeres. Hizo falta la más aguda penuria de mano de obra, la más amenazadora para los beneficios y el dinamismo de las empresas, para que algunos se resolvieran a emplear a «trabajadoras». Se formulaban todo tipo de dudas en cuanto a la adaptabilidad, la seriedad, la eficiencia y la resistencia de las mujeres.

Todas estas reservas desaparecieron rápidamente con la práctica. Sin embargo, serias dificultades subsisten cuando se trata de abrir a las mujeres ciertos «trabajos de hombre», dificultades mucho más importantes que en Europa. En agosto de 1943, aunque la guerra estaba en un punto culminante, los servicios gubernamentales tuvieron que tener en cuenta la notoria repugnancia a emplear mujeres que era tenida aún por ciertos empresarios. Por encima de todo, éstos se negaban a emplear mujeres no ya «mayores», sino también a las «no demasiado jóvenes». La «Comisión de la Mano de Obra de Guerra» y la «Oficina de Estadísticas de Trabajo» habían avanzado, al principio de 1943, que la penuria de mano de obra no podía ser resuelta más que con el empleo de esas mujeres de treinta y cinco a cincuenta y cinco años que los industriales rechazaban. En abril de 1943, 12 millones de mujeres de este grupo de edad no trabajaban. Una sobre ocho solamente, durante esos años de madurez, era activa, lo que revelaba una muy pobre utilización de una importante fuente de aprovisionamiento de mano de obra.

Hubo que echar mano de la prensa, de la radio, de todos los medios de persuasión, para que esa «reserva» de los empresarios acerca de las mujeres de más de treinta y cinco años cayera ante los imperativos nacionales. Es también interesante el reseñar que, a partir de ese momento, el trabajo de la *mature woman* va a ser una de las características del trabajo de la mujer en EE. UU.

Otra forma de empleo de las mujeres de América debía encontrar sus primeras utilizaciones durante la guerra: se trataba del trabajo a tiempo parcial. Las americanas no tienen criadas, los jardines de infancia son muy raros y muy caros y las guarderías casi no existen. Se piensa entonces en puestos de los que las madres de familia pudieran ocuparse algunas horas por día, o un día sobre dos, o sólo tres días por semana. La mayoría de las

empleadas a tiempo parcial fueron estudiantes o madres o familia. Este tipo de trabajo permitió aumentar considerablemente el número de mujeres activas y evitar a aquellos que trabajaban la jornada completa las tareas parcelarias de ejecución simple. El hecho es que, entre los meses de marzo de 1940 y abril de 1950 se produjo un aumento de más de cinco millones y cuarto del número de mujeres que realizaban un trabajo remunerado.

La característica más sobresaliente de esta ola femenina que invadió los puestos de trabajo fue el creciente número de mujeres casadas que empezó a trabajar fuera de sus hogares. Mientras que en 1930 sólo el 11,5 por 100 de todas las mujeres casadas disponía de una colocación, en 1940 la proporción era del 17 por 100 y en 1950 del 24 por 100.

Casadas	Viudas y divorciadas			Solteras
1900	○	○	○
1930	○	○	○
1940	○	○	○
1950	○	○	○
1960	○	○	○

De cada 20 mujeres que percibían un salario en Estados Unidos⁹.

Las recomendaciones de la Oficina de Mujeres del Ministerio de Trabajo, en la época de la guerra, son interesantes por las preocupaciones que revelan:

— La Oficina pide que los salarios/hora tengan una misma tasa para los trabajos a tiempo limitado que para los empleos de jornadas completas. (Se temía una desvalorización sistemática de los salarios para las trabajadoras «parciales».)

— Las condiciones de trabajo, seguridad, confort, higiene deben ser las mismas.

— El reclutamiento de las madres de niños de poca edad no es recomendado.

Respecto a la *mujer negra americana*, es durante esta última guerra que comienza una profunda evolución.

En 1940, el 70,3 por 100 eran domésticas; el 16 por 100, obreras agrícolas. En 1944, el porcentaje de domésticas había bajado un poco (62,5) y, en el interior de este grupo, algunos cambios se manifestaron: cada vez había menos «criadas para todo» y más «domésticas especializadas»: cocineras, doncellas, camareras. Las obreras agrícolas vieron también disminuir sus efec-

⁹ A. MYRDAL y V. KLEIN, *La mujer y la sociedad contemporánea*, págs. 88 y sigs.

tivos (de 16 a 8 por 100), mientras que el número de mujeres negras en la industria se había cuadruplicado¹⁰. La entrada de la mujer negra en la industria era un hecho completamente nuevo. Numerosas industrias de guerra se habían negado a emplearlas. Fue a la larga, cuando la costumbre de emplear a mujeres blancas se había generalizado, que el prejuicio en contra de las mujeres negras disminuye ligeramente. Paralelamente, su nivel de instrucción empieza a elevarse. Pero no hay que invertir los factores e imaginar que es la elevación de su educación lo que les ha permitido pasar de la domesticidad a los empleos industriales, incluso muy poco cualificados. *Es la guerra* → la penuria de la mano de obra → el empleo de las mujeres blancas, lo que les permitió, en dominios diferentes, gozar al fin de un poco de independencia fuera de sus horas de trabajo; es ese nuevo sentimiento de dignidad que les confería su pobre condición de obreras, lo que les llevó a buscar más instrucción para ellas y para sus hijas.

Una vez la guerra terminada, la brutal deflación del número de mujeres en el trabajo no prosigue durante tanto tiempo ni en tan gran cantidad como se podía esperar. Las americanas no abandonaron el mundo del trabajo. Sus efectivos continuaron estando muy por encima de lo que habían estado a principios de siglo, y, por primera vez, se aproximaron a las tasas europeas.

El trabajo a tiempo parcial continuó gozando de favor. La costumbre de contabilizar las trabajadoras a tiempo parcial junto a las otras en Estados Unidos, aumenta los efectivos de ese país sobre todo en las comparaciones con Europa, donde, generalmente, sólo se incluían las trabajadoras de jornada completa. Pero, de todas maneras, un giro muy importante se había producido. Desde 1942 son las mujeres las que han asegurado, en su mayor parte, el crecimiento de la mano de obra en EE. UU.¹¹

III. LA URSS

En la URSS se movilizó a todas las mujeres entre los quince y los cincuenta y cinco años, y la proporción de trabajadoras de todo tipo pasó del 38 por 100 en 1940 al 53 por 100 en 1942, 58 por 100 en 1943, 57 por 100 en 1944 y 56 por 100 en 1955 de la población femenina total¹².

Dice Gordon Wright que, en relación a la agricultura: «Fueron los adolescentes —sobre todo las mujeres— las que taparon una parte de las brechas en los efectivos laborales agrícolas. En respuesta a la llamada 'las mujeres a los tractores', las reclutas afluyeron a los cursos acelerados organizados para enseñarles el oficio. Dos millones de novicios, entre los cuales

¹⁰ "War and post-war; Trends in Employment of Negroes", en *Monthly Labour Review*, enero 1945.

¹¹ E. SULLEROT, H. S. T. F., págs. 192 y sigs.

¹² Vid. al respecto P. SORLIN, *La société soviétique, 1917-1964*, París, 1964.

había un millón de mujeres, recibieron así su formación durante los años de guerra. En 1943 las mujeres representaban el 71 por 100 de la población agrícola activa, constituyendo el medio millón restante refugiados de las regiones del Oeste y afectados especiales procedentes de las ciudades»¹³.

En la industria, el porcentaje de mujeres pasa del 41 por 100 en 1941 al 50 por 100 en 1942 y al 52 por 100 en 1943, para descender levemente al 51 por 100 en 1944 y al 50 por 100 en 1945. En tres años, tres cuartos de millón de mujeres pasan a trabajar en los ferrocarriles, en la minería y en la metalurgia. En 1944, año clave, la mano de obra femenina asciende al 90 por 100 del total en las industrias textiles.

Se trata de una verdadera mutación. Gordon Wright sigue explicando que fue un factor esencial el alistamiento de las mujeres y de los adolescentes... «Pese a que se necesitaron cursos acelerados para formar a las mujeres, que, por otra parte, se tenían que adaptar a nuevas y duras condiciones de vida, las estadísticas soviéticas revelan un incremento paulatino de la productividad después de 1942, resultante de una mejor organización y de una moral elevada»¹⁴.

Para un gran conocedor del mundo soviético como es P. Sorlin: «Hasta entonces las mujeres ocupaban frecuentemente empleos que no requerían cualificación alguna; durante las hostilidades, se les da rápidamente una formación que les permite ocupar puestos técnicos: son numerosas en las centrales eléctricas; aprenden a usar el torno, a soldar...»¹⁵.

Asimismo, según N. Voznessenski, presidente del Consejo de Ministros de la URSS, «a raíz de la llamada bajo las banderas de una gran parte de la población masculina, la importancia del trabajo femenino aumentó considerablemente en la economía del país... El porcentaje de mujeres en el total de obreros pasó del 38 por 100 en 1940 al 53 por 100 en 1942; más detalladamente, la proporción pasó del 41 al 52 por 100 en la industria, del 25 al 36 por 100 en los transportes ferroviarios, del 48 al 67 por 100 en los servicios de comunicaciones, del 42 al 64 por 100 en la economía comunal, del 37 al 55 por 100 en el comercio, del 67 al 83 por 100 en la alimentación, mientras la misma proporción se elevaba del 58 al 63 por 100 en las escuelas en la Administración estatal. Para aliviar a la mujer, se procedió a construir y desarrollar guarderías, jardines de infancia y otros establecimientos de protección de la maternidad y de la infancia. Volviendo a la agricultura, las cifras oficiales indican que la proporción de mujeres que trabajaban en ese sector pasó del 52 por 100 a principios de 1939 al 71 por 100 a principios de 1943»¹⁶.

Por otra parte, si bien no hubo mujeres en el Ejército Rojo, la mayoría de

¹³ Vid. su obra *L'Europe en guerre, 1939-1945*.

¹⁴ *L'Europe en guerre*, pág. 57.

¹⁵ *La société soviétique*, pág. 186.

¹⁶ *L'économie de guerre de l'URSS*, París, 1948, pág. 186.

ellas recibieron instrucción militar. Con respecto al Partido, las mujeres han ido entrando en él lenta y prudentemente: en 1924, el Partido contaba entre sus efectivos con un 8 por 100 de mujeres y con un 15 por 100 en 1941; después de la Segunda Guerra Mundial este porcentaje aumenta en razón a las pérdidas masculinas; así, en 1959, se había elevado al 20 por 100, teniendo en cuenta que, en esas mismas fechas, las mujeres representaban el 60 por 100 de la población soviética.

Téngase en cuenta, sin embargo, que el muy elevado porcentaje de población activa femenina sobre la población activa total, que se registra actualmente en la URSS, debe ser contrastado por el hecho de que los empleos asumidos por las mujeres se sitúan, en la mayoría de los casos, en la parte inferior de la escala valorativa profesional. La mayor parte de los trabajos desempeñados por las mujeres corresponden a actividades que los varones rusos no quieren desarrollar, a diferencia de los varones occidentales, como es el caso de la sanidad.

IV. ALEMANIA NACIONAL-SOCIALISTA

En *Alemania*, nación que se creyó ganadora hasta el último momento, no se estimuló el trabajo de la mujer y su participación en la guerra hasta 1944. Como explica M. Bardèche: «La mujer alemana seguía dirigida con mano firme al mantenimiento de las tradiciones. La sólida moral alemana le fijaba sus deberes: 'Kinder, Kirsche, Küche' (niños, iglesia, casa), todo lo cual le recordaba constantemente cuál era su universo, teniendo que hacer caso omiso si la sociedad cambiaba a su alrededor»¹⁷.

De todas formas, si todas estas recomendaciones y cortapisas eran válidas para la mujer casada y de edad un tanto avanzada, no lo eran tanto para las jóvenes que disfrutaban, ya en ese tiempo, de una serie de libertades que hubieran hecho palidecer de envidia a cualquier otra chica de su edad y de sus características perteneciente a otro país de Europa Occidental.

Ahora bien, curiosamente, este país, junto con USA e Italia, fue de los que menos totalizaron su guerra (en el caso de Alemania, por las razones antes aludidas). Ciertamente, en octubre de 1939, el NSDAP pide a todas las mujeres que permanecen en el hogar que se comprometan, mediante el pago de una indemnización de alimentación, a ocuparse durante el día de los hijos de las mujeres que trabajan fuera del hogar. También, para ayudar a las mujeres de los campesinos, colonos y trabajadores agrícolas, encargadas de continuar el trabajo de los hombres movilizados, la dirección de las organizaciones femeninas del Reich publica un llamamiento en el que preciniza, entre otras medidas, el aumento de la cifra de jardines y casas-cuna

¹⁷ *Histoire des femmes*, París, 1968.

para los niños del campo y el reforzamiento de la ayuda aportada a la campesina en su trabajo por los diversos servicios sociales, inclusive el servicio del trabajo de la juventud femenina»¹⁸. Pero muy poco más se llegó a hacer. Cuando se hace sentir la necesidad de trabajadores, Alemania recurrirá a los varones de los países ocupados, y solamente a partir de 1944, y de la pérdida de lo conquistado, comenzará la movilización de la mujer, tanto para las fuerzas económicas como para la defensa pasiva, pero siempre con limitaciones. Como nos explica A. Speer, cuando ya en abril de 1942 «pedí a Sauckel reclutar a mujeres alemanas para el armamento, me contestó... que el trabajo en las fábricas podría perjudicar a las mujeres alemanas en el plano moral, y que no sólo podrían sufrir en su 'vida moral y espiritual', sino también en su fecundidad».

«Goering dio su aprobación a esos argumentos con convicción.» A cambio, una proclamación de Sauckel anunciaba, días después, que «para aportar a las amas de casa alemanas y, sobre todo, a las madres de familia numerosa... una ayuda eficaz y proteger su salud, el Führer me ha encargado la leva en los territorios del Este de aproximadamente 400.000 a 500.000 jóvenes sanas y robustas y transferirlas al Reich»¹⁹.

Y prosigue Speer: «Dos años más tarde, el 28 de enero de 1944, pude hacer observar a Sauckel: Según un recorte de prensa, constato que el empleo de la mano de obra femenina se ha desarrollado mucho más en Inglaterra que aquí. Sobre una población total de 33 millones de individuos en edad comprendida entre los catorce y los sesenta y cinco años, 22.300.000 están empleadas a jornada completa en la economía y 3.300.000 a media jornada. En consecuencia, sobre un total de 17.200.000, 10.400.000 trabajan, es decir, el 61 por 100. En comparación, de aproximadamente 31 millones de mujeres alemanas con edades comprendidas entre los catorce y los sesenta y cinco años, 14.300.000 están empleadas a media jornada o a jornada completa, lo que hace una proporción del 45 por 100»²⁰.

Por tanto, en Alemania, el porcentaje de las mujeres que trabajan es muy inferior, por ejemplo, al de Inglaterra, disponiéndose, pues, de una reserva de mano de obra constituida por el 16 por 100 de las mujeres alemanas, aunque para entender esta «aparente» poca o mala utilización de la mujer hace falta una aclaración que enlace directamente esta especial característica con las tesis fascistas y nacional-socialistas.

¹⁸ Vid. el *Frankfurter Zeitung*, Berlín, 12-IX-1939.

¹⁹ *Au coeur du Troisième Reich*, París, 1971, págs. 312 y 313.

²⁰ *Au coeur du Troisième Reich*, págs. 739 y 740. Todo ello a pesar de que, ya desde junio de 1939, existía un plan que preveía la movilización para la economía de guerra de 5.500.000 mujeres alemanas sin empleo, además de las 13.800.000 ya empleadas. Por otra parte, otros 2.000.000 de mujeres eran susceptibles de reconvertir su actividad. Para Speer, esta movilización "hubiera bastado para remediar nuestra penuria de mano de obra cuando menos hasta 1943".

V. FASCISMO, NACIONAL-SOCIALISMO Y CONDICION FEMENINA

Extrañamente, y como acabamos de indicar, la Segunda Guerra Mundial no parece haber cambiado mucho la situación de la mujer en Alemania y en Italia. Y es que ésta había cambiado ya.

La Primera Guerra Mundial fue la Primera Guerra Total, y la lección que de ella sacaron los vencidos (Alemania) o los insatisfechos (Italia) fue que no era posible una revancha sin dotarse antes que los demás de una forma de Estado preparado para y organizado en función de este nuevo tipo de guerra. Por ello, la forma de Estado que se dieron esos dos países fue la del Estado totalitario, y, precisamente, el carácter de ese Estado es de hacer vivir a la sociedad en pie de guerra aun en período de paz²¹. En cuanto a las repercusiones de todo ello sobre el *status* de la mujer, éstas se dieron, pues, al menos en parte, antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial.

Y desde este punto de vista hay que entender las explicaciones dadas por la jefe de Organización Femenina del Reich, Gertrud Scholtz Klink:

«El cambio no se produjo por la guerra, por el hecho de que entonces se necesitó a las mujeres. El cambio se produjo antes, cuando conseguimos situar, junto al jefe del grupo local, un jefe de nuestra organización; junto a cada cargo masculino, su paralelo femenino, incluso ante los correspondientes ministerios y organismos del Partido»²².

En este aspecto, la Segunda Guerra Mundial es, pues, continuación de la Primera, y se puede decir que, en nuestra zona geográfica, sólo se ha visto la confirmación de lo adquirido en la llamada «Gran Guerra».

VI. ITALIA, FASCISTA

En *Italia*, el fascismo intenta dar el voto pleno a la mujer en cuanto toma el poder.

Ya en 1919 uno de los puntos del fascismo de Mussolini era «el sufragio integral para la mujer».

En 1923 el Gobierno fascista otorgó su aprobación al IX Congreso de la Alianza por Sufragio Femenino, que tuvo lugar en Roma del 14 al 19 de mayo. El Congreso discutió, además de la cuestión del voto, la de la igualdad entre ambos sexos, ya sea en el plano moral como en el económico. El presidente del Consejo, Benito Mussolini, intervino personalmente en la inau-

²¹ Vid. René DE LACHARRIÈRE, *La divagation de la pensée politique*, París, 1972, págs. 229 y sigs.

²² Vid. *La Segunda Guerra Mundial. El Tercer Reich*, obra colectiva, Noguer, Barcelona, 1974.

guración, haciendo la siguiente declaración: «En lo que respecta al Gobierno, me siento autorizado a declarar, salvo acontecimientos imprevisibles, que el Gobierno fascista se empeña en conceder el voto a algunas categorías de mujeres, comenzando por el terreno administrativo. Pienso que la cuestión de la concesión del voto a la mujer, en primer lugar en las elecciones administrativas, en segundo lugar en las políticas, tendrá benéficas consecuencias, porque aportará al ejercicio de estos nuevos derechos sus cualidades fundamentales de mesura, equilibrio, sagacidad»²³.

Efectivamente, la promesa de conceder el voto a la mujer pareció que iba a ser mantenida: el 6 de junio de 1923, el Consejo de Ministros aprobaba un proyecto de ley, preparado por el subsecretario de Estado, Hon. Acerbo, acerca de la concesión del derecho administrativo a determinadas categorías de mujeres que hayan cumplido los veinticinco años y se encuentren en alguna de las siguientes condiciones:

- 1.^a Que sean condecoradas con medalla militar o con la cruz de mérito de guerra.
- 2.^a Que sean condecoradas con medalla al valor civil o medalla de beneméritas de la salud pública, o bien de instrucción elemental.
- 3.^a Que sean madres de caídos en la guerra.
- 4.^a Que tengan el efectivo de la patria potestad o la tutela.
- 5.^a Que hayan conseguido el certificado del curso elemental obligatorio... o aprueben el examen correspondiente.
- 6.^a Que sepan leer y escribir y paguen anualmente a la Comuna ... una suma no inferior a las 40 liras ...²⁴.

En 1925, la Cámara y el Senado aprueban este proyecto de ley²⁵.

Llegada la guerra, con la pronta derrota y la resistencia, las mujeres se volverán a «alistar», al igual que lo hicieron en la Primera Guerra Mundial. Como señalan L. Capezzuoli y G. Cappabianca:

«A los resistentes italianos que luchaban contra los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial se adhieren en gran número las mujeres. Su participación se manifestó de modo totalmente nuevo: combatieron con las armas en la mano contra los alemanes. Surgieron así los grupos de defensa de la mujer y para la asistencia a los combatientes, con la tarea de organizar la resistencia a través de manifestaciones y huelgas en las fábricas y actos de sabotaje contra la producción de guerra. Bajo la iniciativa de estos grupos se constituyeron las formaciones de voluntarios de la libertad (?) que operaban en estrecho contacto con los guerrilleros.

²³ *Almanaque de la mujer italiana*, 1924.

²⁴ Proyecto de la ley número 2.121, 9 de junio de 1923, Legislatura XXVI, sesión 1921-23.

²⁵ Vid. L. CAPEZZUOLI y G. GAPPABIANCA, *Historia de la emancipación femenina*, págs. 135 y sigs.

Los grupos obtuvieron un reconocimiento oficial (?) por parte del Comité de Liberación Nacional de la Alta Italia, el 17 de julio de 1944, con la siguiente disposición: «El Comité de Liberación para la Alta Italia, reconociendo en los grupos de defensa de la mujer y para la asistencia a los combatientes de la libertad, una organización unitaria de masa que actúa en un marco de directivas propias, aprueba su orientación, aprecia los resultados obtenidos hasta ahora en el terreno de la movilización de las mujeres para la lucha de liberación nacional y la reconoce como organización adherida al Comité de Liberación Nacional.»

Los datos oficiales testimonian con estas cifras, ciertamente inferiores a la realidad, la contribución femenina a la lucha guerrillera: 70.000 pertenecientes a los grupos de defensa; 35.000 guerrilleras; 4.563 detenidas, torturadas y condenadas; 623 fusiladas y caídas; 2.750 deportadas a Alemania; 15 condecoradas con medalla de oro.

En la Resistencia todos afrontaron los mismos peligros, porque todos combatieron por el mismo ideal; hombres y mujeres fueron finalmente pares. La propia situación no admitía desigualdad alguna²⁶.

Por todo ello, el 1 de febrero de 1945 fue promulgado el decreto-ley que extendió a las mujeres el derecho de sufragio activo y pasivo²⁷.

La Constitución de la naciente República sancionó con su artículo tercero la paridad de los sexos. «Todos los ciudadanos tienen la misma dignidad social y son iguales ante la ley, sin distinción de sexo, raza, lengua, religión, opinión política, condición personal o social...» mediante los artículos 37 y 51 se afirmaba el derecho de la mujer al trabajo y mediante el artículo 29 se estableció la igualdad de cónyuges en el matrimonio²⁸.

Las mujeres italianas realizaron su primera experiencia electoral en la elección administrativa de 1946 y, sucesivamente, el 2 de junio del mismo año votaron por el referéndum institucional del que nació la República. En el primer Parlamento de la nueva Italia, la Asamblea Constituyente, participaron 21 diputadas²⁹.

²⁶ Vid. *Historia de la emancipación femenina*, págs. 148 y sigs.

²⁷ Decreto-ley lugartenencial, 1 de febrero de 1945, número 23. Actas de la Consulta, a proposición conjunta ante el Consejo de los Hon. De Gasperi y Togliatti.

²⁸ *Art. 37 de la Constitución italiana*: "La mujer trabajadora tiene los mismos derechos y, a paridad de trabajo, las mismas retribuciones que corresponden al hombre..."

Art. 51 de la Constitución italiana: "Todos los ciudadanos de uno y otro sexo pueden acceder a los puestos públicos y cargos electivos en condiciones de igualdad, según los requisitos de la ley..."

Art. 28 de la Constitución italiana: "El matrimonio está basado sobre la igualdad moral y jurídica de los cónyuges, con los límites establecidos por las leyes para garantizar la unidad familiar..."

²⁹ Vid. CAPEZZUOLI y CAPPABIANCA, *op. cit.*, págs. 148 y 149.

VII. ESPAÑA

En cuanto a *España*, plantea un caso particular por cuanto nuestro país fue neutral durante las dos guerras mundiales.

El problema se complica, por lo demás, dado lo tardío de nuestro proceso de industrialización, que hace que nuestra contienda no se ajuste a lo que los polemólogos entienden comúnmente por Guerra Total Industrial.

Nos queda, sin embargo, la guerra civil, y hay que decir que sus efectos fueron de importancia en el campo que nos ocupa. Surge la primera dificultad por el hecho de que en el bando ganador existían, frente a tendencias políticas favorables a la promoción femenina, otras que no se preocuparon en absoluto por el problema, y otras, finalmente, que consideraron negativamente todo lo que apartara a la mujer del prototipo tradicional imperante en la Península, posturas que, con las necesarias matizaciones, no han variado sensiblemente desde entonces.

El que, a favor de la guerra, se producen cambios es una evidencia. En su libro sobre *La vida cotidiana durante la guerra civil: la España Nacional*, Rafael Abellá indica que: «Las incidencias sociológicas de la guerra civil fueron profundas y, en ciertos aspectos, depresivas. La desaparición de muchos maridos, de muchos cabezas de familia muertos por causa de la guerra o fusilados; las cesantías que cortaban el medio de vida; todo ello era causa de rompimientos de lazos, de quiebras de principios...»³⁰.

Uno de los efectos generados por la guerra fue, desde el punto de vista de la condición femenina, el aumento de la prostitución; otro, la colaboración, diríamos que «clásica», al esfuerzo bélico: enfermería, ayuda moral y material al combatiente, etc. Por el lado republicano tenemos el testimonio de Nenni³¹: «Siguiendo al batallón de Rosa, me ha embargado de admiración el ver a estas jóvenes obreras y estudiantes que aceptan alegremente no sólo los riesgos de la guerra, sino las fatigas físicas de una guerrilla, sin tiendas, con un aprovisionamiento escaso y más que relativo sobre un terreno duro e ingrato.» En cuanto al bando nacional, las 580.000 afiliadas de Falange en 1939 «participaron activamente en la guerra desempeñando funciones que iban desde las labores sanitarias o culturales hasta el lavado a mano de los uniformes de los combatientes»³².

Pero lo que nos parece más interesante es la penetración de la mujer en el campo laboral, siempre en base a suplir a los movilizados y a los combatientes en los puestos de trabajo.

En 1930, el 66,25 por 100 de los varones y el 9,16 por 100 de las mujeres se hallaban integrados en la población activa española; en 1940, los porcentajes eran, respectivamente, del 65,28 por 100 y del 8,29 por 100.

³⁰ Planeta, Barcelona, 1973, pág. 129.

³¹ *España en llamas*, 1936, Barcelona, 1972, pág. 64.

³² *España en llamas*, pág. 244.

Aparentemente, pues, la participación de la mujer en el trabajo ha sufrido un retroceso, pero, y aquí reside lo importante, las diferencias entre cada año censal (1930 y 1940) arrojan un descenso mayor en los varones que en las hembras menos 1,42 puntos porcentuales y menos 0,87 puntos porcentuales, respectivamente.

Es decir, que se produjo un descenso global, a causa de la guerra, de la población activa en relación a la población total (aquella pasó del 37,05 por 100 al 35,63 por 100), pero este descenso afectó lógicamente más a los varones (menos 1,42 puntos porcentuales) que a las hembras (menos 0,87 puntos porcentuales).

La etapa de la reconstrucción, que va desde 1940 a 1950, pondrá de relieve que la mujer, a causa de la guerra, ha ganado posiciones en el mundo del trabajo: el porcentaje de varones que son «activos» pasa del 65,28 por 100 al 68,23, con un aumento intercensal de 2,95 puntos porcentuales; al mismo tiempo, la proporción de mujeres «activas» pasa del 8,29 al 11,78 por 100, con un incremento intercensal de 3,49 puntos porcentuales. A su vez la proporción de población activa femenina, si bien desciende ligeramente en 1940 en relación a 1930: 12,11 por 100 frente a 12,65 por 100, aumenta fuertemente durante el período de la reconstrucción: 15,83 por 100 en 1950; es decir, un aumento de 3,72 puntos porcentuales³³.

Señalábamos antes la existencia de tendencias ideológicas favorables a la promoción femenina que coexistían, en el seno del bando nacional, con posturas indiferentes u hostiles a dicha promoción. Hay que recalcar, al respecto, el papel de la Sección Femenina de Falange. Esta, según Abellá, «estimuló grandemente la participación de la mujer en una empresa político-social, que se reflejó en la creación del auxilio social, etc.»³⁴.

Y es evidente también, a nuestro entender, que «esta movilización femenina influyó sobre unas costumbres tradicionales, cambiando un estilo de vida. Toda la conmoción que representa la guerra repercutió sobre la mujer, precipitándola hacia una relación con el hombre más directa y menos pa-cata»³⁵.

Para tener una idea, basta con echar una mirada a esos carteles de Falange en que señoritas vestidas bastante modernamente pedían a la mujer española «ofrendarse con alegría a una tarea».

La España republicana ofrece también muchos ejemplos de progreso en la condición femenina durante la guerra, de participación en muchos casos en lo político, lo social y lo económico. La dificultad para valorar los progresos a que nos referimos estriba en la poca atención que hasta ahora los

³³ En base de datos ofrecidos por M. FRAGA IRIBARNE, J. VELARDE FUERTES y SALUSTIANO DEL CAMPO URBANO, *La España de los años 70*, tomo I, "La sociedad", Madrid, 1972, pág. 78.

³⁴ *Op. cit.*, págs. 321-322.

³⁵ *Op. cit.*, pág. 322.

historiadores de ambos bandos han prestado a la mujer española en la guerra. El caso es que, ciertamente, la guerra representó un factor decisivo en el proceso de incorporación de la mujer al trabajo y a la lucha social, pero la aportación femenina en la tarea de la guerra se quedó, en su mayor parte y una vez más, en un nivel secundario: asistencia social, costura, etc.

En abril del 36 surge en Madrid, en torno a un grupo de mujeres anarquistas, una organización específicamente feminista llamada «Mujeres Libres», que empezó a publicar una revista con el mismo nombre. Su organización se articulaba a partir de unos presupuestos básicos:

A. Existencia de un problema específicamente femenino.

B. Aceptación del anarquismo como ideal revolucionario que propone la igualdad sin distinción de sexos en un sistema social basado en el comunismo libertario.

C. La existencia de una contradicción entre teoría y práctica en los medios anarcosindicalistas españoles.

Su objetivo era la emancipación de la mujer, especialmente de la mujer obrera. Representaba un feminismo proletario en la medida en que quedaba enmarcado en el proceso de la revolución social, proceso ligado al derrocamiento simultáneo de la sociedad patriarcal basada en el autoritarismo masculino. La característica de querer un cambio estructural es lo que le hace diferenciarse del movimiento burgués feminista de primeros de siglo en España.

Su actuación política se centró en dos tipos de actividad: la formación cultural y profesional de la mujer, ya que pensaban que la falta de preparación de las obreras era uno de los principales obstáculos para su participación activa.

Esta organización intentó proporcionar a las mujeres cursos de formación profesional, creando al mismo tiempo guarderías y comedores populares que liberasen a la mujer al máximo de las tareas domésticas.

Su actividad de propaganda en las organizaciones anarquistas fue intensa. En el Pleno Nacional, en octubre del 38, de la CNT, propuso un acuerdo sobre la capacitación profesional de la mujer y su incorporación al trabajo. Este acuerdo no llegó a tener efectividad real, lo que da una idea de las trabas que encontraba la acción feminista aun en los medios libertarios.

Su desarrollo, a pesar de estar en plena guerra, fue grande y donde mayor número de agrupaciones se formaron fue en Barcelona.

Las mujeres anarquistas no se plantearon a fondo los problemas de la familia tradicional, aunque estuvieran en contra de cualquier forma de matrimonio constitucional; no rechazaban la familia por considerarla susceptible de recoger toda la ideología anarquista. Apreciaban la unión monogámica y no prosperaron las alternativas comunales... Respecto a la función de los padres en la educación de los hijos, las anarquistas en general no superaron el núcleo familiar.

Respecto a la religión, aunque «Mujeres Libres» no habló extensamente sobre ella, criticó la influencia de la religión en las mujeres obreras y les dio una enseñanza laica. Por otra parte, una mujer que perteneció a la UGT nos dice que dichas mujeres ya se habían incorporado a los movimientos obreros del 17, pero la guerra intensificó su incorporación. Suplieron el trabajo de los hombres en las industrias. Suplieron tanto el trabajo manual como el intelectual.

A este respecto, he aquí el comentario de una militante del PSOE durante la guerra:

«Hubo mucho trabajo durante la guerra. Cada partido creó agrupaciones de mujeres que tenían ocupaciones activas. Algunas anarquistas fueron al frente, como cocineras, enfermeras, etc. Las demás trabajaban en comedores, propaganda...»

Asimismo, una militante comunista en tiempos de la guerra civil española opina que dicha guerra, para las milicianas, para las mujeres que trabajaban en las secciones femeninas del Partido, «supuso una liberación abrirse nuevos horizontes, desde el momento en que se rompe la vida familiar que era la única ocupación de la mujer burguesa, se les dio posibilidades como mujeres que antes no habían tenido. Les abrió perspectivas de seguridad en sus posibilidades». «Cambian su mentalidad, se reafirman en sus dotes, tanto de administrar como de tener un poder importante...»

BALANCE

La guerra, en definitiva, es un hecho clave a la hora de entender los cambios en la condición femenina acaecidos en nuestro siglo. Como indican A. Myrdal y V. Klein: Si «entretanto, los logros de las mujeres han llegado a ser evidentes para todos (?) las dos guerras mundiales, en las cuales la necesidad empujó a la sociedad a emplear mujeres en ocupaciones que anteriormente monopolizaban los hombres, aceleraron probablemente el proceso. En algún momento, durante la guerra de 1939, podía verse en todo el Reino Unido un cartel de lo más impresionante: reproducía la fotografía de una joven que iba de uniforme y cubierta con un casco de acero, en el momento de sacar de entre las llamas de una casa bombardeada a un niño aterrorizado. A su modo, sofisticado y efectista, simboliza el valor y la determinación de los británicos bajo la lluvia de bombas, y la actividad de la muchacha que, por debajo de su eficiencia, tenía el toque preciso de sentimiento y cuidado maternal que hacía que el mensaje llegara tan directamente al corazón. Nadie podía dudar de que la fotografía fuera auténtica, porque todos sabían

por su experiencia personal que eran incontables las mujeres que habían hecho y que seguían haciendo frente a peligros similares con el mismo valor y serenidad. Ya no era necesario que las mujeres 'protestaran demasiado' como hicieran las primitivas feministas en su exagerada imitación de los hombres.»

«La primera fase de la revolución había concluido y las mujeres habían salido triunfantes de la prueba»³⁶.

La relación directa entre participación en la contienda y concesión del sufragio, punto clave en las reivindicaciones feministas, no ofrece ya dudas. Maurice Duverger señala que:

«El sufragio ha sido la primera y la más importante de las reivindicaciones femeninas en materia de derechos políticos. Fenómeno natural, ya que el voto constituye la fuente misma del poder en la doctrina democrática. Las mujeres constituyen, más o menos, la mitad del cuerpo electoral (y a menudo más de la mitad); el ejercicio del sufragio puede, teóricamente, hacerles adquirir una influencia política fundamental.

Hay que hacer notar, sin embargo, que las reivindicaciones de las *suffragettes* no parecen haber jugado un papel determinante en la atribución a las mujeres del derecho de voto, sino en casos excepcionales. Es a las *dos grandes guerras mundiales* mucho más que a la actividad de las asociaciones femeninas que parece debida esta extensión del sufragio.

Antes de la Primera Guerra Mundial, sólo tres naciones acordaban a las mujeres la igualdad electoral con los hombres: Nueva Zelanda (1889), Finlandia (1906) y Noruega (1913), a las que hay que añadir diversos Estados particulares de la federación americana (Wyoming fue el precursor en 1868). Entre las dos guerras, sólo la Unión Sudafricana (1930), Ceylán (1931-1934), la República Española (1931), Turquía (1934), Brasil (1932), Siam (1932), Cuba (1934), Uruguay (1934), Birmania (1935), Rumania (1935), las Filipinas (1937) han llevado a cabo una reforma semejante. Es en el curso de la Primera Guerra Mundial, o en los años que han seguido inmediatamente, cuando el voto de las mujeres ha sido introducido en la mayoría de los grandes Estados del mundo: URSS, EE. UU., Gran Bretaña, Canadá, Australia, Alemania, Dinamarca, Suecia, Países Bajos, Austria, Checoslovaquia, Polonia, etc. Es en el curso de la Segunda Guerra Mundial, o en los años que la han seguido inmediatamente, cuando una nueva gran ola de sufragios femeninos se ha desplegado sobre otros Estados: Francia, Italia, Yugoslavia, Ru-

³⁶ *Op. cit.*, págs. 19-20.

mania, Hungría, Bulgaria, India, Japón, China, Mongolia, Argentina, Venezuela, Chile, Israel, etc.³⁷.

Resumiendo, las dos guerras mundiales totales han supuesto:

— La irrupción de la mujer en el aparato económico y administrativo; en este caso, el efecto de aluvión ya producido durante la Primera Guerra Mundial volverá a jugar durante la Segunda en todos los campos.

— La concesión de una igualdad *de facto* o *de iure* en el campo de los derechos civiles, no suficiente, pero sí consistente.

— La concesión de los derechos políticos fundamentales (sufragio, derecho a ser elegidas, etc.).

³⁷ Vid. *La participation des femmes à la vie politique*, Paris, 1955, págs. 143 y sigs.
